

Grupo 7: Expresiones, intereses y estrategias en los conflictos sociales
Coordinación: María Celia Cotarelo - mccotarelo@gmail.com

Nueva militancia gremial de base en Argentina. Hipótesis sobre la política en las clases subalternas.

Paula Varela

UBA-CEIL-PIETTE/CONICET Instituto de Pensamiento Socialista "Karl Marx"
paula.varela.ips@gmail.com

La reactivación de la militancia gremial de base en los lugares de trabajo desde 2004 en adelante en nuestro país, abre una serie de interrogantes, algunos de los cuales abordaremos en este trabajo. Nos concentraremos en dos ejes. El primero, el referido a la significación que adquiere este proceso en la vida político-sindical de los trabajadores asalariados luego de la década del noventa. La década del noventa instaló, como tendencia general, lo que hemos denominado las "fábricas tumba" en tanto dinámica de eliminación de la política en el lugar de trabajo y de liquidación o neutralización de los cuerpos de delegados y/o comisiones internas. Esta política (que tiene su origen en la dictadura militar) ha sido uno de los pilares para la implementación de las contrarreformas neoliberales de los '90. La década del noventa ha significado la pérdida de derechos laborales, pero también la pérdida del ejercicio de la política gremial en el lugar de trabajo, es decir, la pérdida de la militancia gremial de base. Los trabajadores que han sido y son actualmente los protagonistas de las nuevas comisiones internas o cuerpos de delegados surgidas "desde abajo", son en su inmensa mayoría, trabajadores jóvenes que van desde los 25 hasta los 40 años. En este sentido, la pregunta que nos hacemos es qué significa hacer política sindical en los lugares de trabajo hoy para trabajadores y trabajadoras cuya experiencia inmediata como asalariados se ha forjado durante la década del noventa o sobre sus secuelas.

El segundo eje en que nos concentraremos es el referido a la relación entre la reaparición de la política gremial en los lugares de trabajo y los fenómenos de lucha y de organización territorial (específicamente las organizaciones piqueteras), que emergieron como protagónicos en la crisis de 2001. ¿Cuáles son las relaciones entre esta nueva militancia gremial de base y la militancia social básicamente territorial que cobró centralidad en Argentina luego de las jornadas de 2001? Esta pregunta nos resulta de particular importancia porque la producción académica

dominante instaló la tesis de que los lugares de trabajo (particularmente la fábrica) habían dejado de ser un espacio privilegiado para la organización y práctica política de las clases subalternas, y que el *locus* de la política “desde abajo” había pasado a ser el territorio local. La emergencia del fenómeno “piquetero” en la segunda mitad de los noventa y su centralidad política post 2001 reforzaron, a su vez, esta tesis y la tendencia a la búsqueda de la acción colectiva o de los fenómenos de protesta *fuera* del ámbito fabril. De este modo se produjo, además de una invisibilización de la política en el lugar de trabajo, una disociación entre el denominado “mundo del trabajo” y los fenómenos de protestas, confinados éstos al espacio extra laboral. En sentido inverso, nuestro interrogante pretende establecer los puntos de contacto entre las experiencias políticas territoriales y las sindicales, como formas de la política de las clases subalternas en su conjunto.

Condiciones de emergencia del activismo gremial

El año 2004 marcó un punto de inflexión en las protestas sociales en Argentina con la reaparición, en la escena política nacional, de los conflictos de trabajadores ocupados¹. Como hemos analizado en otro trabajo², esta reaparición tiene tres condiciones de emergencia fundamentales. En primer lugar, el crecimiento económico alentado por la devaluación y el consecuente crecimiento del empleo, que erosiona fuertemente el mecanismo disciplinador del desempleo masivo. En términos estadísticos, como señala Marta Novick en un trabajo editado por el centro de investigación del Ministerio de Trabajo, en mayo de 2003 la tasa de desempleo estaba en 20.3%³ y a fines de 2005 estaba en la mitad, alcanzando el 11% (Novick, 2007). Los sectores de la economía más dinámicos en la creación de nuevos puestos de trabajo fueron la industria manufacturera y la construcción. No es sólo la caída del desempleo lo que impacta, sino la velocidad. En dos años y medio, la mitad de los antes desocupados, tenían trabajo, aunque en condiciones de precariedad. Este hecho no sólo fue perceptible a nivel de la vida cotidiana, sino que fue además muy publicitado por el propio gobierno nacional, todo lo cual operó inhibiendo el rol disciplinador que jugó la desocupación en la década del noventa. La caída abrupta del

¹ Para un recorrido por las luchas más importantes de 2004 a 2007, véase Varela, Paula (2009) “Repolitización fabril. El retorno de la política de fábrica en la Argentina posdevaluación” en Figari, C. *et al* (2009) *Trabajo y explotación en Argentina y Brasil*, editorial Praxis, Brasil (en prensa).

² Véase, capítulo IV de *Mundo obrero en la Argentina actual. La fábrica y el barrio como escenarios de prácticas políticas en el norte industrial del AMBA*. Tesis de Doctorado, Varela (2009b).

³ La progresión negativa es de 20,3% que presenta en 2003, pasa a 13,2% en 2004 y 11,1% en 2005. Véase, Novick (2007).

desempleo no es sólo un dato objetivo sino, fundamentalmente –para nuestro análisis–, un impacto en la subjetividad de los trabajadores que protagonizan esta militancia gremial de base, muchos de los cuales ingresaron al mercado de trabajo en la segunda mitad de los '90, fecha en que la desocupación se instituyó como fantasma permanente entre los asalariados. Un ejemplo de este impacto en la subjetividad lo vimos en el caso de la fábrica FATE de neumáticos⁴, en el que previo al conflicto de 2007 y a la conformación de un nuevo Cuerpo de Delegados y de una nueva dirección del sindicato regional, comenzaron a hacerse habituales las conversaciones sobre la posibilidad de dejar un trabajo por otro mejor. La percepción evidente de que “hay más trabajo”, agrega la sensación de que no sólo la desocupación deja de ser un fantasma aterrador, sino que incluso empieza a haber margen para dejar un trabajo estable, aunque flexibilizado y mal pago (como FATE para los obreros efectivos), por otro mejor (como cualquier automotriz⁵). No es un elemento menor esto último. Lo “nuevo” que encontramos en el discurso de los obreros de FATE es que, por primera vez, volvía a aparecer la idea de dejar la fábrica voluntariamente para buscar un trabajo mejor. A esta percepción de la posibilidad de encontrar trabajo con cierta facilidad (cosa impensable en la década del noventa) es a lo que nos referimos con la caída del terror a la desocupación como mecanismo disciplinador. Si las “fábricas tumba” de los noventa se constituyeron sobre los pilares de la desocupación masiva y de la neutralización de las direcciones sindicales, la percepción de que “hay trabajo”, de que “están tomando gente” y de que “se abren nuevas fábricas” o se amplían otras (como el caso de la propia FATE que amplió su capacidad instalada en casi un 50% entre 2002 y 2004) operó como primera válvula de escape de la emergencia de una expectativa de ascenso –o recuperación– social, que abrió las puertas a una nueva militancia gremial de base.

Esto se relaciona directamente con la segunda condición de emergencia de la militancia gremial de base: la renovación generacional en los lugares de trabajo. El activismo gremial de base que encontramos en distintos casos de 2004 en adelante, está protagonizado por jóvenes que no superan los 40 años de edad. Dentro de esta acepción amplia de “jóvenes”, podemos distinguir dos grupos, el primero que va de los 19/20 años hasta los 25/6 años y que son jóvenes que ingresaron al mercado de trabajo post 2002, es decir, en las condiciones de crecimiento

⁴ En marzo de 2007 comienza un conflicto en la fábrica FATE en San Fernando que, habiendo surgido como demanda de aumento salarial, se transforma en una lucha por la conformación de un nuevo Cuerpo de Delegados y una nueva dirección de la Seccional San Fernando del SUTNA. En septiembre de 2007, el sector de obreros que había conformado el activismo del conflicto, gana el Cuerpo de Delegados y en enero de 2008, la seccional sindical. Para un análisis del caso de FATE véase, Varela (2009b).

⁵ Octubre de 2008 y el comienzo de los despidos y suspensiones en la industria automotriz, pero también en otros sectores de asalariados, marca un cambio en esta situación.

económico y del empleo que mencionábamos más arriba, y, por ende, en dichas condiciones de expectativas respecto del trabajo. El segundo grupo que va desde los 26 años hasta los 35/40 años que son trabajadores y trabajadoras que ingresaron al mercado de trabajo durante la década del noventa, en pleno proceso de precarización del empleo.

En tercer lugar, y muy importante, un elemento político que configuró cierto clima de legitimación de los conflictos de asalariados: el “aliento desde arriba” a las luchas reivindicativas. Tanto desde el gobierno nacional (con una fuerte retórica de la “redistribución del ingreso”) como desde la cúpula sindical, básicamente de la CGT, fueron alentadas las demandas reivindicativas, y alentadas, por ende, las expectativas de los asalariados respecto del mejoramiento de su salario, en primer lugar, y de sus condiciones de trabajo, en segundo lugar. Este elemento presenta dos manifestaciones. La primera, es a nivel del discurso básicamente gubernamental, pero también adoptado por la cúpula de la CGT, e incluso de la CTA. El núcleo de sentido del discurso, hacía hincapié en el “crecimiento récord” de la economía y los “superávits gemelos” (el fiscal y el comercial) y una fuerte propaganda de polarización con la década del noventa a través de la figura de “un modelo productivo”, de la creación de millones de nuevos puestos de trabajo, de la inauguración de fábricas e incluso de la “recuperación de la industria nacional”. Esto instaló una percepción generalizada de un tiempo de abundancia, tiempo que vino de la mano de la reivindicación de ciertas figuras clásicamente peronistas, como la de la dignidad del trabajo y el retorno de los trabajadores organizados en sindicatos para los actos políticos del gobierno nacional. Dentro de este marco, es el propio discurso gubernamental el que otorga el carácter de “virtuoso” a la “puja distributiva”. Entre 2004 y 2006, y a diferencia de los períodos de crisis, los reclamos de aumento salarial fueron calificadas por el gobierno como los “conflictos del crecimiento”. Aunque este discurso gubernamental y de los medios cambia en 2006 y, hacia 2007 muta hacia un discurso abiertamente contra los conflictos por aumento de salario⁶, el carácter “virtuoso” que el gobierno atribuye a la puja distributiva durante los primeros años de kirchnerismo, es un elemento central en la configuración de la percepción de la legitimidad de la lucha de los asalariados.

La segunda manifestación de lo que hemos llamado “aliento desde arriba” a la emergencia de activismo gremial, es la política gubernamental de retorno de la discusión salarial

⁶ A partir de 2006 este discurso cambia (al tiempo que comienzan a establecerse los topes salariales estableciendo una relación entre aumento salarial e inflación) y de 2007 en adelante, las huelgas y conflictos obreros son, o directamente silenciados o criticados por el gobierno nacional. Este cambio se relaciona en forma directa con los primeros síntomas de agotamiento del modelo de dólar alto y salarios bajos.

a través de la restitución de las negociaciones paritarias, los intentos de poner en pie el Consejo del Salario y la política de firma de Convenios Colectivos de Trabajo en distintas ramas y empresas. Como señalan Héctor Palomino (2007), David Trajtemberg (2007) y Marta Novick (2007)⁷, desde 2003 en adelante se produce un repunte de la negociación colectiva en Argentina que fue promovido, originariamente, por el Estado. Entre enero de 2004 y marzo de 2006 fueron firmados⁸ 1064 convenios y acuerdos⁹ (Novick, 2007) y comienza a verse un aumento relativo de las negociaciones colectivas por rama de actividad, las cuales habían caído en forma acentuada en la década del noventa. A su vez, entre 2003 y 2006 se produce también un aumento exponencial de la cantidad de trabajadores comprendidos en convenios o acuerdos colectivos, pasando de 1,6 millones en 2003 a 3,5 millones en 2006 (Palomino y Trajtemberg, 2006: 55). Tanto el discurso de crecimiento a tasas chinas y retorno del modelo redistributivo (en polarización con la década del noventa), como el retorno de las negociaciones colectivas y fortalecimiento de la organización sindical impulsadas desde el estado, operaron como legitimación de la expectativa de mejora de condiciones de vida y de trabajo para los asalariados y por ende, legitimación también de la conflictividad en el lugar de trabajo.

Rasgos del activismo gremial

En resumen, los elementos fundamentales que configuraron las condiciones de posibilidad de la emergencia de una nueva militancia gremial de base son el crecimiento económico y del empleo que, basado en la devaluación, operó diluyendo el efecto disciplinador del desempleo masivo; la renovación generacional en las fábricas y lugares de trabajo que este crecimiento generó que combinó jóvenes de hasta 25 años que ingresaron al mercado laboral post devaluación con jóvenes (menos jóvenes) de hasta 40 años que al 2004 llevaban cerca de 10 años de experiencia laboral bajo las condiciones de precarización y flexibilización de las contrarreformas del noventa; y lo que hemos denominado el “aliento desde arriba” a través de la política discursiva del gobierno nacional de redistribución de la riqueza y de la política sindical

⁷ Los análisis de este equipo de trabajo se basan en la Encuesta de Indicadores Laborales (EIL). La EIL es una encuesta permanente (con frecuencia mensual) realizada por el Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social desde 1998, en cinco conglomerados urbanos del país: Gran Buenos Aires, Gran Rosario, Gran Córdoba, Gran Mendoza y Gran Tucumán.

⁸ Pueden existir diferencias entre los CCT y acuerdos que son firmados entre las partes, y los que son efectivamente homologados. La autora no presenta datos sobre los CCT y acuerdos homologados en este período. En este sentido, contamos con los datos provistos por Héctor Palomino (2007) quien señala que, durante 2006 fueron homologados 930 convenios y acuerdos, lo cual representa la cifra más alta desde la restauración de la negociación colectiva en 1988.

⁹ Esta cifra de 1064 incluye, además de CCT, los acuerdos firmados entre empresas y trabajadores.

de fortalecimiento de las instancias de negociación colectiva y fortalecimiento de las cúpulas sindicales, particularmente de la CGT. Veamos ahora las características centrales de este activismo gremial en los lugares de trabajo de 2004 a 2007.

Las demandas centrales han sido en primer lugar el aumento salarial y, en segundo lugar, las condiciones de trabajo. Son estos reclamos (o la imposibilidad de verlos satisfechos a través de las direcciones sindicales a nivel nacional) los que han generado, en ciertos casos, el surgimiento de una tercera demanda que caracteriza el proceso: la conformación de nuevos cuerpos de delegados y/o comisiones internas en los lugares de trabajo, que utilizando la democracia directa como forma fundamental de organización y de toma de decisiones, se enfrentan a las direcciones sindicales tradicionales. Celia Cotarelo señala esto cuando afirma que en los “hechos de rebelión” protagonizados por trabajadores ocupados de 2004 a 2007 “se observan dos rasgos que aparecen con renovada fuerza en el período: la realización creciente de asambleas para la toma de decisiones en las luchas y una importante parte de éstas organizada y encabezada por conducciones sindicales -comisiones internas, cuerpos de delegados, seccionales de sindicatos y algunos sindicatos locales y federaciones- que se plantean como alternativa y en oposición a las conducciones de los sindicatos nacionales –tanto los que integran la CGT como la CTA-, desde una posición que reivindica una tradición antiburocrática y clasista” (Cotarelo, 2007: 5). Esta característica asamblearia y opositora a las conducciones sindicales, ha sido destacada también en distintas investigaciones de caso como la del Colectivo Encuesta Obrera sobre el Cuerpo de Delegados de Subterráneo¹⁰; la de Fernando Aiziczon sobre la fábrica Zanon bajo gestión obrera¹¹, o la que hemos realizado sobre el nuevo Cuerpo de Delegados y Seccional Sindical en la fábrica de neumáticos FATE¹².

Ahora bien, en este trabajo queremos destacar dos rasgos que están presentes en estas expresiones de política gremial de base y que nos resulta de especial importancia para pensar la politicidad de los trabajadores en la actualidad. El primero, es lo que hemos denominado *apoliticismo*, como marco general dominante en que se despliega el proceso de repolitización en

¹⁰ Véase Castillo *et al*, 2007.

¹¹ Véase Aiziczon, 2006.

¹² Véase Varela, 2009b.

el lugar de trabajo. Con apoliticismo¹³ nos referimos a *un doble distanciamiento con la política que involucra una dimensión práctica o militante* (tanto en lo que hace a la experiencia en acciones de lucha, movilizaciones, etc., como lo que hace a la experiencia militante en organizaciones sindicales, sociales o políticas); y *una dimensión más bien ideológica de ausencia de adhesión a un conjunto de ideas, principios o valores políticos identificables en términos de tradición política*¹⁴ (tanto en lo que hace a la falta de inscripción de la propia práctica en una tradición política, como lo que hace a la auto identificación con una tradición política). Este doble distanciamiento con la política está presente en los jóvenes trabajadores que conformaron (y conforman) estas experiencias de recuperación de la práctica gremial de base en el lugar de trabajo (es decir, recuperación de una forma de la política), en la apreciación que los propios trabajadores hacen de su práctica (lo que la antropología denomina la visión “nativa”); y en la inexistencia de experiencia previa en algún tipo de militancia. Para la inmensa mayoría de jóvenes que protagonizan esta nueva militancia gremial de base (de la que exceptuamos el sector de trabajadores militantes de la izquierda social y política que está presente en estas experiencias), estas luchas son su primera lucha, estas asambleas son sus primeras asambleas, estos cortes de ruta o autopista son sus primeros cortes. Y no sólo primeros, sino impensados. No han tenido militancia previa ni a nivel sindical, social, territorial o partidaria, ni reivindican como propio un conjunto de ideas o prácticas políticas que constituyan una tradición. Si bien, a los ojos de los obreros jóvenes que conforman esta militancia gremial de base, ha cobrado legitimidad “el organizarse” y “el luchar” –lo cual implica, de hecho, la legitimación de formas de la política–, no sucede lo mismo con “el hacer política”. El “hacer política”¹⁵ continúa asociado a una

¹³ No hablamos de “apartidismo” porque consideramos que si bien el apoliticismo tiene un alto componente antipartidista, no se reduce sin embargo a él. El problema de la experiencia de la política en términos de intervención en procesos de lucha, manifestaciones, conflictos u organizaciones, excede el problema de los partidos políticos e incluye una acepción amplia de política en la que puedan estar inscriptas experiencias de política sindical, política estudiantil, territorial, etc. Asimismo vale aclarar que, cuando hablamos de “tradición política” no nos referimos exclusivamente a una tradición partidaria (aunque puede serlo). En la Encuesta Obrera, al momento de indagar sobre la identificación política de los entrevistados se combinaban opciones partidarias con opciones no partidarias, p.e. peronistas, radicales, de izquierda, de centro izquierda, etc.

¹⁴ Para construir esta categoría de “apoliticismo” nos basamos en dos fuentes. La primera, la Encuesta Obrera que realizamos entre 2004 y 2007. De conjunto, la investigación ha abarcado nueve estructuras de trabajadores, dos de la Ciudad de Buenos Aires y siete de la provincia de Buenos Aires, que engloban en total a unos 12.000 trabajadores, de los cuales fueron encuestados aproximadamente unos 1000. En todas ellas se aplicó un cuestionario común a una muestra representativa de trabajadores, teniendo en cuenta las especificidades de cada sector para la construcción de la muestra. Para otros análisis basados en esta investigación, véase Castillo, C. et al. (2007); Varela, P. (2007), Meyer, L. (2007); Collado, A. y Feijoo, C. (2007); Patalani, S. et al. (2006); Patalani, S. et al. (2005). La segunda fuente la constituyen entrevistas en profundidad realizadas a distintos dirigentes fabriles jóvenes (véase Collado y Varela 2008) y el trabajo de campo de tipo etnográfico realizado en el caso de la fábrica FATE entre 2005 y 2008 (Varela, 2009b).

¹⁵ En el trabajo de campo que realizamos entre 2002 y 2003 en las zonas sur y oeste del conurbano bonaerense, la constante en las entrevistas a miembros activos de las organizaciones piqueteras era la aclaración acerca de que

actividad que no es reivindicable en sí misma sino que permanece, aún, colonizada por parte de los “políticos profesionales” y las prácticas clientelares, corruptas o en beneficio de intereses individuales; o bien todo eso junto. Existe un extrañamiento respecto del ejercicio de la política, aún para aquellos que la practican en el ámbito gremial. Este factor subjetivo es importante al momento de analizar las características del proceso de politización fabril, porque constituye *una* dimensión de esa politización, la que refiere a la conciencia que manifiestan los trabajadores respecto de lo que hacen y lo que quieren hacer. Esta conciencia no es inmutable, por el contrario, cambia, se modifica, se transforma, configurándose en la experiencia –mediata e inmediata– de las derrotas y los triunfos, y en la inscripción de esa experiencia en tradiciones y programas políticos en disputa. Esto es lo que constituye el segundo rasgo que queremos resaltar: *el propio terreno de lucha y organización gremiales como terreno de disputa de la significación de esta práctica gremial de base, en el cual se enfrenta la continuidad de un apoliticismo aún dominante, con la irrupción (en cada caso con sus particularidades) de una repolitización a nivel gremial.* Frente a visiones estáticas respecto de la conciencia y las formas en que los trabajadores significan sus propias prácticas, el proceso de lucha y organización se muestra como un momento fundamental en que se configura esta subjetividad a partir de la experiencia inmediata y mediata de los trabajadores con la política. En estas expresiones de activismo gremial de base, lo que se combina es una experiencia mediata de apoliticismo (como extrañamiento con la política, consolidado en la década del 90); con la experiencia inmediata de la legitimación de la acción directa, la democracia directa en los lugares de trabajo, y algunos rasgos que remiten a la tradición de la izquierda clasista en nuestro país.

Volver al barrio

Como señalamos al principio de este artículo, nuestro interés en el proceso de repolitización fabril está puesto, además del intento de establecer algunos de sus principales rasgos, en su inscripción en el proceso más general de recuperación de prácticas políticas y organizativas “desde abajo”. Es decir, en su relación con lo que ha sido el foco de interés reciente de la gran mayoría de investigaciones sobre la politicidad de las clases subalternas en Argentina: las experiencias de tipo territorial. Nos interesa esta relación, porque consideramos que una de las debilidades de las investigaciones académicas dominantes ha sido la disociación entre los estudios del llamado “mundo del trabajo” y los estudios de las denominadas “nuevas

“ellos no hacían política”. Sólo en el pequeño sector dirigente (la gran mayoría de los cuales provenían de experiencias militantes sociales y partidarias), la reivindicación de la política era un discurso habitual.

formas de acción colectiva o protesta social”¹⁶. Lo que se ha configurado en un obstáculo epistemológico a la hora de analizar las experiencias de politización, tanto territoriales como fabriles del conjunto heterogéneo de trabajadores de nuestro país; y sus fortalezas y debilidades en tanto procesos de resistencia o enfrentamiento con las clases dominantes. En sentido opuesto, es nuestro interés establecer los puntos de contacto entre la politización fabril que estamos analizando y la politización territorial que ocupó el centro de la escena argentina de 2001 a 2003 ¿Qué tienen en común las experiencias de organización de jóvenes obreros en las fábricas con los desocupados de los barrios asistencializados que se organizaron en los movimientos piqueteros?

Lo primero que salta a la vista es la *recuperación de la acción directa* como herramienta de lucha. Tanto en el caso de los trabajadores desocupados como en el de los asalariados, las medidas como los piquetes y los paros han introducido en el escenario nacional lo que podríamos denominar la “dignidad de luchar”. Por supuesto que la radicalidad de estas medidas de acción directa depende de un conjunto de factores que hacen específica a cada lucha. Pero esta legitimación de la acción directa es, sin lugar a dudas, un rasgo del ciclo en su conjunto. De hecho, la legitimación de la acción directa puede verse más allá de los sectores de trabajadores (ocupados y desocupados), en las expresiones de protesta como los cortes de puente y de ruta en la provincia de Entre Ríos en rechazo de la instalación de la papelera Botnia¹⁷.

El segundo rasgo que encontramos en común entre el momento territorial y el sindical es la tendencia a la *organización asamblearia*. Como fuera señalado por Maristella Svampa y Sebastián Pereyra (2003) en su análisis de los movimientos piqueteros, el “asambleísmo” fue una marca de estas organizaciones. Más aún, no sólo de las organizaciones piqueteras sino del conjunto de procesos que conformaron un primer momento de la repolitización: las asambleas populares y también las fábricas recuperadas. En cada una de estas experiencias, la asamblea – como el organismo de toma de decisiones, pero también de intercambio de posiciones políticas– fue una marca del conjunto y una reivindicación de la democracia directa. En el caso del momento sindical, como hemos dicho, también aparece este elemento.

¹⁶ Como hemos señalado en otros trabajos –véase Varela, 2009b–, este obstáculo epistemológico encuentra su origen en la adopción de la tesis del “fin de la sociedad industrial”, a partir de la cual se consolidó una idea común a la multiplicidad de teorizaciones, la del fin del trabajo asalariado como relación social estructurante del conjunto de relaciones sociales (y por ende, de sus antagonismos).

¹⁷ Paradójicamente, esta relegitimación de la acción directa fue utilizada por las clases dominantes del sector agropecuario para realizar el *lock out* patronal en el denominado “conflicto del campo” que tuvo lugar de marzo a junio de 2008.

Si miramos estos dos primeros rasgos (acción directa y democracia directa), ambos constituyen una recuperación del carácter colectivo de la acción y, en cierta medida, una primera respuesta (aún defensiva) “desde abajo”, a las estrategias de individuación y desmovilización, “desde arriba” que signaron la década del noventa.

El tercer rasgo común a este ciclo de repolitización en su conjunto es *la presencia de militantes de la izquierda social y política en los procesos de reorganización territorial y fabril*. La importancia de esta presencia militante es destacada por Svampa y Pereyra (2003), y también por Alejandro Grimson (2003) en su análisis de las organizaciones piqueteras¹⁸. En el caso de las recientes experiencias sindicales, si tomamos el desarrollo de lo que la prensa denominó “sindicalismo de base”¹⁹, encontramos que tanto en el sector de los servicios (con el Cuerpo de Delegados del subte como referente), como en sectores estatales o en el fabril, el rol que juegan los militantes de la izquierda política y social es significativo a la hora de analizar los procesos de recuperación de comisiones internas o cuerpos de delegados. Esta presencia militante tiene, a nuestro juicio, una doble explicación y efecto. Por un lado, la debilidad del vínculo clientelar, tanto en el barrio como en la fábrica, que abre espacios al surgimiento de dirigentes territoriales y sindicales de izquierda. Dicho de otro modo, la clientelización de la política peronista²⁰ –y la inestabilidad de la autoridad que esta clientelización provoca– ha ampliado las brechas por las que emergen militantes de partidos u organizaciones de izquierda, o ex militantes y dirigentes de la izquierda social de la década del ochenta.

Por otro lado, y de vital importancia para nuestra reflexión, la importancia que asumen los militantes de la izquierda política y social se explica también por su carácter de “portadores” de una tradición política en la que inscribir estos procesos de repolitización. En su análisis del caso de Zanón, Aizicson dice:

“En esto residió el accionar del activismo de izquierdas y su rol en la direccionalidad de este conflicto: dotar de sentido político al proceso, inscribirlo en la tradición del pensamiento y la praxis de izquierdas (el control obrero, el clasismo, la lucha política) y reactualizar (proponiéndoselo, o no) aquellas

¹⁸ Aizicson (2007), Rebón (2007) y Meyer y Chávez (2008) también destacan este punto en su análisis de la experiencia de Zanón bajo gestión obrera.

¹⁹ A partir de la huelga de cuatro días llevada adelante por el Cuerpo de Delegados del Subterráneo de Buenos Aires y del surgimiento de otros sectores (en los servicios) que realizaban medidas de fuerza por fuera de las direcciones sindicales a nivel nacional, la prensa escrita comenzó a hablar de “sindicalismo de base” para designar al nuevo fenómeno.

²⁰ Hablamos de clientelización peronista, no porque consideremos que no ha sufrido el mismo proceso la política referenciada en el radicalismo, sino porque nos concentramos en el partido que ha sido, históricamente, la referenciación política de la gran mayoría de trabajadores en nuestro país; es decir, el peronismo.

experiencias, formatos y teorizaciones no tan lejanos que comentamos al comienzo” (Aziczon, 2006).

Efectivamente, en el marco del rechazo de la cuestión política²¹ que persiste como fondo dominante en el que se imbrican los nuevos procesos, los militantes de izquierda presentan la posibilidad y el capital político para inscribir esa experiencia colectiva –y la constitución de ese colectivo que no está predefinido en términos subjetivos– en una tradición alternativa y opuesta al apoliticismo peronista. Como dice Aizicson, la no tan lejana tradición de las izquierdas clasistas.

Hay un cuarto rasgo de este ciclo de repolitización a destacar: la discordancia de los tiempos entre el momento territorial y el momento sindical. La repolitización territorial, con antecedentes hacia fines de los noventa, se despliega como parte de la crisis orgánica de 2001. En el momento en que el movimiento piquetero alcanza su mayor presencia social y política (y se instituye, de hecho, en una referencia de lucha para sectores más allá de los trabajadores desocupados, como es el caso de franjas de las clases medias urbanas a través del “piquete y cacerola, la lucha es una sola”), en el espacio fabril transcurría el *cenit* de lo que hemos denominado las “fábricas tumba”. Mientras los barrios y las calles se repolitizaban para los desocupados, las fábricas marcaban el pulso más alto de despolitización. Hemos definido a la fábrica tumba, básicamente, por su doble mecanismo de disciplinamiento: la erradicación de la organización interna (o su transformación en punteros fabriles), a nivel intrafábrica; y la desocupación masiva como mecanismo aterrador, a nivel extrafábrica. Pues bien, el año 2002 mostraba los más altos índices de desocupación de la historia de nuestro país, y la sedimentación en el tiempo (con altos grados de eficacia) de la desindicalización de los lugares de trabajo. La politización territorial se encontró, objetivamente, con una fuerte frontera entre la fábrica y el barrio; y subjetivamente, sin una estrategia política por parte de las organizaciones de desocupados para perforar esa frontera²².

A su vez, cuando en 2004 comienza la repolitización en los lugares de trabajo, alentada por el crecimiento del empleo, la renovación generacional y por la política gubernamental-sindical, la crisis en Argentina había comenzado a cerrarse sobre la base de la devaluación y el

²¹ Daniel Bensaid, habla de “rechazo de la cuestión política” para señalar un rasgo identificador de los movimientos sociales surgido en la década del noventa, véase Bensaid (2006)

²² La consigna de “trabajo genuino” que fue fuerte en las primeras expresiones piqueteras en el interior del país, como Cutral-Có, y en las expresiones generalizadas en 2001, se transformó más en una consigna en el papel que una búsqueda en la acción.

proceso de reconstitución de las instituciones del régimen político (principalmente la presidencial), y tuvo como política expresa sacar a los piqueteros de la calle por medio del doble movimiento de cooptación y criminalización. Por su parte, los organismos sindicales de base que comenzaron a gestarse no tuvieron una política activa hacia el movimiento de desocupados, a excepción de algunos casos aislados²³.

Es en este sentido que hablamos de discordancia de los tiempos, como el desfase entre un momento y otro de la repolitización. Pero esta discordancia no habla sólo de las temporalidades del proceso en sí mismo, sino también de un efecto de consolidación de la semblanza de división absoluta entre el territorio y la fábrica, entre desocupados (devenidos “excluidos”) y trabajadores ocupados. Si el ciclo de despolitización (el neoliberalismo) instaló como sentido común una fuerte frontera entre ocupados y desocupados, la discordancia de los tiempos en el proceso de repolitización reforzó esa frontera, al tiempo que mostró su naturalización, incluso en sectores de la izquierda militante que dicotomizaron su práctica sindical de la territorial.

Esto es lo que constituye el *cuarto rasgo de este ciclo de repolitización: su confinamiento, en tiempos discordantes, al barrio y a la fábrica como territorios dicotomizados*²⁴, es decir, como terrenos corporativizados. Un rasgo común en este proceso ha sido el de quedar circunscripto al territorio (en el primer momento), o a la fábrica (en el segundo), sin poder cruzar la frontera entre un ámbito y el otro, como espacios de politización y de lucha de los trabajadores en su conjunto.

Vale aquí realizar una salvedad: afirmar que la tendencia dominante en ambos momentos de la politización (el territorial y el sindical) ha sido la imposibilidad de perforar la frontera entre fábrica y territorio no significa, de ningún modo, que no haya habido destellos de grietas en dichas fronteras. Cuando el movimiento piquetero se apropia de las rutas, se apropia también de un espacio de transición entre el barrio y la fábrica. Cuando los obreros de una fábrica cortan la Panamericana, instalan temporariamente su politicidad en el territorio. Cuando, por poner un caso emblemático de 2004 en adelante, los trabajadores del subterráneo paralizan los subtes, trascienden las fronteras de su lugar de trabajo y se entrometen en la vida de la metrópoli con su impronta política. Estos casos muestran perforaciones esporádicas de

²³ Por ejemplo, el caso de la Lista Bordó del ex ferrocarril Roca (opositora a la conducción de la Unión Ferroviaria), que realizó medidas conjuntas con organizaciones piqueteras de la zona sur, por medio de las cuales lograron la incorporación de desocupados al plantel del ferrocarril

²⁴ Esta dicotomía tuvo su expresión y fue, a su vez, reforzada por la producción dominante en ciencias sociales que disoció el “mundo del trabajo” y los fenómenos de protesta y acción colectiva.

las fronteras por medio de la acción (de hecho, la acción directa). Lo que no hemos visto (aún) es esa perforación como propósito, como política, de las nuevas organizaciones de trabajadores (ocupados o desocupados).

Establecer las relaciones y puntos de coincidencia entre las experiencias territoriales y las gremiales permite pensar los procesos de organización y lucha de 2001 en adelante como *un ciclo de repolitización parcial de las clases subalternas en su conjunto*. Hablar de repolitización implica señalar un punto de inflexión del ciclo de despolitización que se consolida en la hiperinflación de 1989 y se estabiliza en 1991. Hablamos de consolidación y no de comienzo de este ciclo de despolitización en la década del noventa, en la medida en que tiene su inicio en el golpe de Estado de 1976 y en la derrota física, política e ideológica que significó la desaparición de miles de militantes y activistas, la mitad de los cuales eran trabajadores industriales. Este ciclo de despolitización²⁵ se encarnó, durante la década del noventa, en las “fábricas tumba” en el ámbito fabril y en los barrios asistencializados o “instituciones totales de la miseria” (Grimson, 2003), en el terreno barrial. Tomamos estas dos imágenes (“fábricas tumba” e “instituciones totales de la miseria”) como expresión de los dos extremos complementarios de un mismo proceso de despolitización que abarca al conjunto heterogéneo de trabajadores en Argentina (aquellos que mantuvieron su empleo en las fábricas y aquellos que quedaron desocupados).

La crisis de 2001²⁶ marcó una ruptura con este ciclo de despolitización y el comienzo del actual ciclo de recuperación parcial de la política “desde abajo”. Este nuevo ciclo presenta dos momentos y una dinámica. Un primer momento que transcurre desde de 2001 hasta 2003 –al que denominaremos el *momento territorial* de lo social– en el que la repolitización se expresó, fundamentalmente, en el surgimiento y en la expansión de las organizaciones piqueteras²⁷. Las fábricas recuperadas, que también fueron parte de este primer momento, si bien no constituyeron un proceso de características territoriales, tampoco constituyeron un proceso fabril generalizado

²⁵ Vale aclarar, a los efectos de evitar falsas antinomias, que señalar un ciclo de despolitización no significa, de ningún modo, negar resistencias atomizadas o lo que podría denominarse “microrresistencias fragmentarias” tanto en los barrios como en las fábricas. Sin embargo, la existencia de estos fenómenos aislados no debe inducir al error de considerar, bajo la idea de que “todo es política”, que todas las formas de hacer políticas son idénticas. A nuestro juicio, la reducción de la política a la política clientelar (como forma de la política) expresa, justamente, el proceso de despolitización, en la medida en que naturaliza el confinamiento de las clases populares a una política de la subordinación.

²⁶ Estamos abordando la crisis de 2001 en clave de procesos de politización y despolitización. Tomándola en su conjunto, el 2001 combina una crisis económica de agotamiento del modelo de acumulación de los noventa y una crisis del régimen político (tanto en lo que hace a las instituciones de la democracia constitucional como al sistema de partidos políticos), lo que configura, en términos de Gramsci, una crisis orgánica. Véase Gramsci, 1984.

²⁷ Proceso que confluyó en los centros urbanos (particularmente en la Ciudad de Buenos Aires) con las denominadas asambleas populares o barriales.

aunque, en algunos casos, lograron adquirir centralidad política regional, como en el caso de Zanón, en la provincia de Neuquén.

El segundo momento de este ciclo de repolitización comienza en 2004, con la emergencia de las luchas de los trabajadores asalariados, y constituye lo que denominamos su *momento sindical*.

Este movimiento que comienza en el territorio puesto en marcha por los trabajadores desocupados, y que emerge luego en los lugares de trabajo, con la salida de los asalariados, es lo que nos permite hablar de una *dinámica* del ciclo de repolitización que *va del barrio a la fábrica*. Dinámica que no fue lineal, sino que implicó *una discordancia en los tiempos* en cuanto a que el primer momento de repolitización fue disparado y expandido por la crisis de 2001, lo cual explica algunos rasgos de radicalidad del proceso, como la toma de las calles por los piquetes (que incluyeron enfrentamientos con la policía, como el del 26 de junio de 2002) o la toma de fábricas y la resistencia a desalojos violentos, como el caso de Brukman en el barrio de Once. El segundo momento, por su parte, se inicia con los comienzos de lo que será el proceso de cierre de la crisis de 2001, basado en la recomposición la economía y del régimen político. Este contexto marca también un carácter de menor radicalidad en las medidas, y de emergencia de tipo molecular (en el sentido de no masivo) de la repolitización fabril “desde abajo”.

Cambio de escenario

Este ciclo de repolitización parcial del conjunto de las clases subalternas encontró un nuevo punto de inflexión hacia fines de 2008 con la aparición de los primeros efectos de la crisis económica internacional. Las ramas industriales que más despidos registraron fueron la automotriz²⁸ y la autopartista (que involucra a los trabajadores pertenecientes al SMATA y a la UOM, fundamentalmente). Para tener una idea de la situación en el sector, en la provincia de Córdoba, cuyo polo automotor incluía cerca de 30 mil trabajadores a mediados del 2008, en octubre son despedidos 300 en la fábrica Renault, hacia fines de noviembre la autopartista Gestamp anuncia el fin de 226 contratos eventuales. Pocos días después, la fábrica de camiones IVECO rescinde 42 contratos temporales y anuncia para fines de enero de 2009 el fin de 300 contratos más. Simultáneamente la fábrica Volkswagen despide alrededor de 370 obreros

²⁸ Los años de crecimiento bajo el kirchnerismo tuvieron en la industria automotriz uno de sus principales exponentes, desarrollándose al calor de las exportaciones a Brasil y, en menor medida, del crecimiento del mercado interno. La producción aumentó en estos años cerca del 400%. Las ventas y exportaciones siguieron la misma curva ascendente hasta el tercer trimestre del 2008 cuando empieza la contracción por la crisis internacional.

temporarios. En el mes de noviembre, General Motors cesantea 433 obreros de su planta de Rosario, Provincia de Santa Fe. Estos despidos marcaron un cambio en la tendencia general de crecimiento del empleo que se observaba en Argentina desde 2003 en adelante, e marcaron también el comienzo de un cambio en los procesos de lucha y organización de los asalariados que vienen observándose desde 2004 en nuestro país. Mientras, como señalamos, durante el período 2004-2007 primaron las luchas por salario en primer lugar, y condiciones de trabajo en segundo lugar; de 2008 en adelante comenzaron a observarse las primeras luchas de resistencia a los despidos y suspensiones en algunas fábricas y lugares de trabajo. Es decir, que el comienzo de la crisis internacional ha impactado en el “clima político” de las fábricas y lugares de trabajo y ha cambiado el eje de las discusiones volviendo a introducir la sombra del desempleo como horizonte posible entre los trabajadores, lo que significa, al menos en términos relativos, un desplazamiento de la tendencia general de 2004 en adelante cuyo eje era aumento salarial, en primer término, y condiciones de trabajo (esto último muy ligado a la conquista de nuevas organizaciones gremiales de base), en segundo lugar.

Este nuevo desplazamiento en el clima político al interior de los lugares de trabajo, se da en el marco de 4 años de recuperación de la política gremial y cuenta, además, con la acumulación de experiencia a nivel territorial de las organizaciones de desocupados y otras expresiones de activismo social 2001-2003. Si bien, como dijimos, mirado como un ciclo de repolitización parcial del conjunto de las clases subalternas en Argentina, no se han establecido puentes entre el ámbito territorial y el laboral, una de las preguntas posibles es qué papel pueden jugar las experiencias de organización y lucha de los jóvenes asalariados en los lugares de trabajo, ante un escenario de retorno de la desocupación. Este interrogante constituye, a nuestro juicio, una de las principales preguntas de investigación, pero también políticas, a la hora de pensar la politicidad de las clases subalternas en la actualidad.

BIBLIOGRAFÍA

- AIZICZON, Fernando (2006) “Teoría y práctica del control obrero: el caso de cerámica Zanón, Neuquén 2002-2005”, Revista Herramienta, N°31, marzo, Buenos Aires.
- BENSAID, Daniel (2006) “Sobre el retorno de la cuestión política estratégica”, conferencia dictada en el seminario *ProjectK*, mimeo, Paris.
- CASTILLO, Christian *et al.* (2007) *Experiencias Subterráneas. Trabajo, organización gremial e ideas políticas de los trabajadores del subte*. Ediciones IPS, Buenos Aires.
- COLLADO, A. Y VARELA, P. (2008) “Hoy la fábrica es como un mundo nuevo, surgen jóvenes que se vuelven militantes de sus derechos”, en *Lucha de Clases. Revista de teoría y política marxista*, N°8, Junio. Ediciones IPS, Buenos Aires.
- COLLADO, Adriana y FEIJOO, Cecilia (2007) “Los trabajadores de la década del 80 y la primera década del siglo XXI”, ponencia presentada en Jornadas de Sociología, FCS-UBA, Buenos Aires
- COLLADO, Adriana y FEIJOO, Cecilia (2005) “La situación de la clase obrera en Argentina. XII Tesis en torno al trabajo”, en Revista Lucha de Clases N°5, Julio, Buenos Aires.
- COTARELO, Celia (2007) “Movimiento sindical en Argentina 2004-2007: ¿anarquía sindical?”, ponencia presentada en la XI Jornada Interescuelas de Historia, Tucumán, septiembre.
- GRAMSCI, Antonio (1984). *Notas sobre Maquiavelo, la política y el Estado Moderno*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- GRIMSON, A. (2008) “Introducción: clasificaciones espaciales y territorialización de la política en Buenos Aires” en Grimson, A.; Ferraudi, C. y Segura, R. (comps.) (2008). *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Prometeo Libros, Buenos Aires.
- MEYER, Laura (2007) “Los trabajadores de Siderca. Una identidad cruzada por el capital”, ponencia presentada en ASET N°8, Buenos Aires.
- NOVICK, Marta (2007) “¿Emerge un nuevo modelo económico y social? Caso Argentino 2003-2006”, Documento del Ministerio de Trabajo de la nación.
- MEYER, Laura y GUTIERREZ, Gastón (2005) “Luchas obreras y recomposición de clase”, Revista Lucha de Clases N°5, julio de 2005, Buenos Aires.
- PALOMINO, Héctor (2007) “Transiciones del empleo en Argentina: del ‘régimen de precarización’ a un ‘régimen de regulación’ del trabajo.” Ponencia presentada en el V Congreso de ALAST, Montevideo, abril.
- PATALANI, S. *et al* (2006) “Los trabajadores en la Argentina actual. El caso de los trabajadores del IOMA, el ARS y el Hospital Cestino de Ensenada” material de cátedra de *Los trabajadores en la Argentina actual*, UNLP.
- PATALANI, S. *et al* (2005) “Encuesta Obrera. Astillero Río Santiago: una aproximación descriptiva a la conciencia de clase de sus trabajadores” en Lucha de Clases. Revista marxista de teoría y política N°5”, ediciones IPS, Buenos Aires.
- REBON, Julián (2007). *La empresa de la autonomía. Trabajadores recuperando la producción*. Picasso, Buenos Aires.
- SVAMPA, Maristella y PEREYRA, Sebastián (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Editorial Biblos, Buenos Aires.

TRAJTEMBERG, D.; BERHÓ, F.; ATORRESI, P.; LAUPHAN, W. (2005) “Encuesta de Relaciones Laborales”, ponencia presentada en el 7º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, Buenos Aires.

VARELA, Paula (2007) “¿La hegemonía nace de la fábrica? Notas sobre Siderca Campana I”, ponencia presentada en ASET N°8, Buenos Aires.

VARELA, Paula (2008). “Rebeldía fabril: lucha y organización de los obreros de FATE” en *Lucha de Clases. Revista de teoría y política marxista*. N°8. Junio. Ediciones IPS, Buenos Aires.

VARELA, Paula (2009) “Repolitización fabril. El retorno de la política de fábrica en la argentina posdevaluación” en Figari, C. *et al* (2009) *Trabajo y explotación en Argentina y Brasil*, editorial Praxis, Brasil (en prensa).

VARELA, Paula (2009b) *Mundo obrero en la Argentina actual. La fábrica y el barrio como escenarios de prácticas políticas en el norte industrial del AMBA*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales de la UBA, inédito.